

CAPITULO VI

Teodosio el Grande (de 380 á 395). Teodosio es sacado de su retiro para ensalzarle al trono imperial.—Restablece el valor y la disciplina del ejército.—Incorpora en él á los godos.—Conserva la tranquilidad en Oriente.—Emperadores de Occidente, Máximo, Graciano, Valentiniano II y Eugenio.—Queda Teodosio emperador único en Oriente y Occidente.—Lucha del cristianismo y la idolatría.—Herejías en España. Prisciliano. Concilio de Zaragoza.—Teodosio y San Ambrosio.—Penitencia pública del emperador.—Edicto contra el paganismo.—Triunfo del catolicismo en el senado.—Costumbres del clero español.—Famosa decretal del papa Siricio, en respuesta á una carta del obispo de Tarragona.—Santos Padres.—Leyes de Teodosio.—Su muerte.—Division del imperio.

Con orgullo podrá citar siempre la España los tres emperadores que salieron de su seno, Trajano, Adriano y Teodosio. Españoles eran también los padres de este último, Teodosio y Termancia, así como su primera mujer Flacila. Hallábase Teodosio, según hemos visto, tranquilo en su retiro, como otro Cincinnato, cultivando su patrimonio, y contento con su honesta medianía, cuando un emperador le busca para partir con él la púrpura imperial, como el único hombre capaz por sus talentos y su firmeza de salvar el imperio de Oriente, á punto de ser presa de los bárbaros: «*Por lo que á mí hace, decía uno de sus jefes, estoy cansado de matar; y lo que me admira es que un pueblo tan débil y que huye siempre delante de mí, se atreva todavía á disputarme la posesion de sus provincias y de sus tesoros.*» Pero llega Teodosio, y renovando los días de los Fabios y de los Escipiones, restablece la disciplina del menaguado y desconcertado ejército, acostumbra á sus soldados á oír sin susto los gritos de los salvajes, los ejercita primero en la guerra de ardidés y sorpresas, y cuando ya los considera suficientemente aguerridos, los presenta delan-

te de los bárbaros, y por fruto de sus ensayos anteriores recoge la victoria. Teodosio, guerrero y político, aprovecha las divisiones y rivalidades que existian entre ostrogodos y visigodos, entra en negociaciones con Atanarico, y le lleva á Constantinopla, donde le deslumbra con la grandeza de aquella ciudad imperial. Muere á poco Atanarico; Teodosio le manda hacer suntuosas honras, y atrae á su partido á los godos. Estos se comprometen á guardar los pasos del Danubio contra los demás pueblos, y Teodosio incorpora en las tropas imperiales más de cuarenta mil bárbaros.

Teodosio conserva así la tranquilidad del imperio de Oriente, pero ya quedan establecidos en el imperio los que habian de ser sus destructores; ya los godos y los hunos están al servicio de los príncipes que iban á exterminar (382). En palacio mismo admite á Estilicon, de la sangre de los godos. Ya el imperio, en la corte y en el ejército, iba siendo mitad bárbaro, mitad romano. Ahora obedecen á Teodosio; cuando falte Teodosio, serán ellos los señores y los obedecidos.

No gozaba la misma paz el Occidente. Máxi-



mo, soldado ambicioso, se había hecho proclamar emperador en la Gran Bretaña (383). Viene en seguida á la Galia, acomete á Graciano, príncipe indolente y flojo, dado á la caza, y entregado á una guardia de bárbaros, y le quita el imperio y la vida. Máximo se hace reconocer por galos y españoles, y marcha sobre Italia. Pero San Ambrosio, obispo de Milan, viene á proponerle el pacífico goce de los antiguos estados de Graciano, y que no se le disputaría el título de emperador de Occidente en union con Valentiniano II, con tal que hiciese cesar la guerra. Máximo accede á las proposiciones de San Ambrosio, y Teodosio ratifica lo pactado. Máximo se asoció á su hijo Victor, y los tres emperadores reinaron por espacio de cuatro años en aparente armonía. Pero el ambicioso Máximo declara de repente la guerra á Valentiniano, marcha sobre Roma y se apodera de ella. Valentiniano se refugia á Tesalónica, é implora el auxilio de Teodosio, que había tomado por esposa á Galla, su hermana. Teodosio toma las armas, vence á Máximo en la Pannonia, le hace prisionero, y le manda decapitar en Aquilea (383). Restablece á Valentiniano en su trono, sin tomar nada para sí, sino la gloria de haber derrocado al usurpador, y la de haber vengado á Graciano, á cuya generosidad debía la púrpura. Pero los hombros de Valentiniano eran incapaces de sostener el peso del imperio. Un franco llamado Arbogasto, hombre de gran bizarría, que habiendo puesto su brazo al servicio de Teodosio, se había aprovechado de su privanza para trastornar el imperio de Occidente, tenía á Valentiniano como prisionero en su propio palacio, y era el que disponía de los empleos y oficios, así civiles como militares, confiriéndolos todos á los francos. Valentiniano quiso un día hacer un esfuerzo de dignidad con Arbogasto, y á poco amaneció el emperador ahogado en su propio lecho. Arbogasto no quiso para sí la púrpura; vistió con ella á un hombre llamado Eugenio, que era profesor de retórica (392). Teodosio resolvió vengar la muerte de Valentiniano. Arbogasto y Eugenio se prepararon también á resistirle con un ejército de francos y alemanes. Teodosio con su acostumbrada celeridad pasa

los Alpes Julianos, cae sobre Italia, encuentra el ejército de Arbogasto y Eugenio, y se trabala pelea: ya no son los romanos los que combaten en Roma; son bárbaros contra bárbaros; los soldados de Eugenio son francos y alemanes, los de Teodosio son godos, mandados por sus príncipes indígenas, Gainas, Saúl y Alarico. Recia es la pelea y porfiada, pero las armas de Teodosio quedan triunfantes; Eugenio es hecho prisionero, y presentado á Teodosio, que le hace decapitar á su presencia. Arbogasto, desesperado, dos días despues de la derrota se quita la vida, hundiéndose en el pecho su tosco y pesado machete.

De esta suerte quedó Teodosio dueño único y absoluto de todo el imperio (394), que tuvo la gloria de conservar íntegro mientras vivió, sin que una sola provincia se desmembrara, teniendo siempre en respeto los bárbaros que le inundaban, y aun sirviéndose de ellos mismos para sostener el viejo edificio que iban á derribar: habilidad y destreza suma, que le mereció el sobrenombre de *Grande* con que ha pasado á la historia.

El reinado de Teodosio no fué sólo notable por haber sabido mantener vivo y entero un cuerpo que encontró semi-cadáver, teniendo dentro de sí mismo el germen de la muerte y de la disolucion; lo fué más todavía por la influencia que ejerció en la revolucion social, religiosa y política que se estaba obrando. Porque el viejo y caduco imperio sufría dos invasiones, una física y material que habian hecho los enjambres de bárbaros, otra moral y política que hacian las ideas religiosas. Teodosio con una mano sujetaba los bárbaros y reconstituía la unidad del imperio; con otra empuñaba la cruz, y persiguiendo el politeísmo y la herejía trabajaba por establecer la unidad de religion. Teodosio daba batallas y hacia códigos, destronaba emperadores y derribaba ídolos, protegía una religion de mansedumbre, y cometía actos de sangrienta crueldad, haciase señor del mundo y se prosternaba á los piés de un sacerdote.

Examinemos la historia de su reinado bajo este punto de vista, más importante para la historia de España y del género humano, que



las batallas y conquistas materiales. El cristianismo y el paganismo se disputaban el imperio del mundo por medio de las ideas, como la barbarie y la vieja civilización se le disputaban por medio de las armas. Estamos ya en un tiempo en que los obispos empezaban á tener más influencia y más importancia que los generales. Las disputas de religion ocupaban más que las acciones de guerra. Era la lucha del antiguo mundo con el mundo nuevo. El catolicismo tenía que pelear no sólo con los dioses del viejo Olimpo, sino también con las nuevas herejías, y el arrianismo principalmente se hallaba extendido y pujante en una buena parte del imperio. Algunos emperadores habian sido ardientes arrianos. Teodosio era católico, y contra la costumbre de aquel tiempo de esperar á bautizarse al fin de la vida, costumbre que condenan San Jerónimo, San Agustín y otros, Teodosio se hizo bautizar por el obispo de Tesalónica durante la guerra contra los godos. En seguida dió un famoso edicto en favor de la religion católica, y terminada la guerra de los godos pasó á Constantinopla, que era como el foco y asiento del arrianismo, y ordenó á Demófilo, patriarca arriano de Constantinopla, ó que reconociese el símbolo de Nicea, ó que cediese Santa Sofía y las demás iglesias á los sacerdotes católicos (380). San Gregorio Nacianceno fué instalado en la silla por el mismo emperador en persona rodeado de sus guardias. La resistencia de los arrianos produjo la proscripción del arrianismo en todo el Oriente. Teodosio convocó un concilio general en Constantinopla, y en él se confirmó el dogma de la consustanciabilidad (382). No bastó el poder político para dejar á San Gregorio tranquilo en su silla, y cansado de luchas y de disgustos, de envidias y de intrigas, se retiró á su oscura soledad de Capadocia (1). Multitud

(1) No podemos resistir á copiar la tierna despedida que San Gregorio hizo á la ciudad de Constantinopla al dejar la silla patriarcal, como un modelo de sentimientos piadosos, y como una muestra de la elocuencia cristiana de aquel tiempo.

«Adios, decia, aldea de Jebús, de que hemos hecho otra Jerusalem. Adios, santas moradas, que abarcan los diversos barrios de esta metrópoli, y sois

de edictos imperiales ordenaban la ejecución de los decretos del concilio, y la confiscación y el destierro se empezaron á emplear contra los herejes inobedientes.

Mientras esto pasaba por parte de Teodosio, Máximo, aquel usurpador del imperio de Occidente, católico también, llevaba todavía más lejos el acto religioso. Diversas herejías habian cundido en España, entre ellas la de los priscilianistas, sostenida por Prisciliano, obispo de Avila. Máximo hizo celebrar un sínodo de obispos que le juzgase á él y á sus cómplices, y Prisciliano, obispo, con dos sacerdotes y dos diáconos, un poeta y una viuda, sufrieron la pena capital (1). Máximo fué el primer prin-

como el lazo y el punto de reunión de ella. Adios apóstoles santos, colonia celeste, que me habeis servido de modelo en los combates. Adios, cátedra pontifical, trono envidiado y lleno de peligros, consejo de los pontífices, ornado con las virtudes y con la edad de los sacerdotes. Adios, vosotros todos, ministros del Señor, que os acercáis á él en la santa mesa cuando baja entre nosotros. Adios, delicia de los cristianos, coro de nazarenos, piadosas desposadas, castas vírgenes, mujeres modestas, asambleas de huérfanos y de viudas, pobres que levantais vuestros ojos hácia Dios y hácia mí. Adios, casas hospitalarias, amigas de Cristo, que me habeis socorrido en mi enfermedad. Adios, barras de esta tribuna, tantas veces forzadas por los que se agolpaban á oír mis discursos.... Adios, ciudad soberana y amiga de Cristo.... Adios, Oriente y Occidente, por los cuales he peleado y fui oprimido. Pero adios especialmente vosotros, ángeles custodios de esta iglesia, que protegisteis mi presencia y protegeréis mi destierro. Y tú, santa Trinidad, mi pensamiento y mi gloria, convence y conserva á mi pueblo; compréndate, á fin de que yo sepa que crece cada día en saber y en virtud.»

(1) Prisciliano, nacido en Galicia, de familia noble y rico, hombre intrépido, facundo, erudito, se habia empapado en las doctrinas de los gnósticos y maniqueos, que le enseñaron Elpidio, maestro de retórica, y Agape, señora no vulgar, y las difundió en la iglesia de España. Afectando humildad en el traje y en las palabras, se captaba cierto respeto, y consiguió que tomaran su defensa algunos obispos, entre los que sobresalieron Instancio y Salviano. La herejía tomó tal fuerza que fué ya necesario congregarse el concilio de Zaragoza, en que se condenó á los obispos mencionados, á Prisciliano y Elpidio. Los prelados pervertidos se reunieron y nombraron á Prisciliano obispo de Avila, pero encontró resistencia en el metropolitano y en los demás obispos. El emperador Graciano mandó despojarlos de sus iglesias, que les restituyó despues por empeños del maestro de palacio Macedonio. Máximo los sujetó al concilio de Burdeos. Prisciliano apeló del



cipe católico que derramó la sangre de sus súbditos por opiniones religiosas. San Ambrosio, obispo de Milan, y San Martín de Tours, condenaron estas crueldades. San Ambrosio se negó á toda comunicación con Máximo. Examinemos el carácter y conducta del venerable obispo de Milan. Prescindamos del dictado de Santo que luégo mereció. Consideremos en él las ideas de libertad, de independencia, de humanidad y de tolerancia: mirémosle como un ciudadano, como un político conforme á los principios de la nueva religion. Hemos visto su entereza con Máximo; el obispo católico no quiere comunicar con el emperador católico, porque Ambrosio condena en nombre de la religion la crueldad y la efusión de sangre. Veamos cómo se condujo con Teodosio.

Habian ocurrido desórdenes en Antioquia y en Tesalónica: en la primera ciudad habian destruido las estatuas de Teodosio, de su padre y de toda de toda la familia (387). En Tesalónica el pueblo habia asesinado al comandante de la guarnición (390). Teodosio dió orden de exterminar la ciudad, y la revocó cuando ya se habia ejecutado. La muchedumbre fué lanceada por las tropas: grande y horrible fué la carnicería. Ambrosio tuvo noticia de esta matanza en Milan, y retirándose á la campaña escribió al emperador: «No me atreveria á ofrecer el sacrificio si asistieseis á él. Lo que me prohibiria la sangre derramada de un solo inocente, ¿lo podré hacer con la de tantas víctimas? (1).» Hízole sensación á Teodosio esta carta: quiso entrar en la Iglesia; salióle al encuentro en el vestíbulo un hombre que le detuvo diciéndole: «Has imitado á David en su crimen, imítale en la penitencia (2).» Este hombre era Ambrosio. «Si Teodosio, le decia á Rufino, quiere trocar el imperio en tiranía, yo moriré gustoso.» La voz del sacerdote era la

juicio de los obispos al César, y fué llevado á Tréveris: San Martín de Tours medió para que no fuese condenado á muerte, mas habiéndose ausentado el santo de la ciudad, se abrió nuevamente el proceso, y Prisciliano fué degollado.

(1) Ambr. Epist. LI.

(2) Paul. in Vit. Ambros.

voz del cristianismo que se levantaba á condenar la tiranía, cualquiera que fuese el que la ejerciera; era la voz de la humanidad, eran los principios del Evangelio, expresados por la boca de un hombre enérgico que sabia apreciar su dignidad, la dignidad de una religion que establece la igualdad entre los hombres, y que no conoce grandes ni pequeños para condenar los crímenes. Jamás en ninguna república pudo llegar á más alto punto la entereza y el heroísmo de un ciudadano en la condenación de la tiranía; y es que la religion la condenaba con él. ¡Sublimidad de la política del cristianismo! Teodosio hizo penitencia pública en la catedral de Milan, despojado de las insignias del poder supremo, y San Ambrosio le absolvió, obteniendo ántes una ley para que se dejase siempre un término de treinta días entre la sentencia de muerte y su ejecución, para que no fuese obra de la cólera y del arrebato. A pesar de la magnanimidad del acto, no falta quien opine que el sacerdocio pudo haber humillado ménos la majestad.

Dióse en el reinado de Teodosio el último combate entre la nueva y la antigua religion; la lid fué la más interesante de cuantas han presenciado los pueblos: los dioses del Capitolio se defendian contra la fe del Crucificado, el politeísmo contra la unidad: el espectáculo era interesante; tratábase de la caída de una religion y de una sociedad antiguas, y del establecimiento de una nueva religion y de una nueva sociedad: en esta solemne lucha tomaban parte todas las clases del Estado, senadores, ministros, hombres de guerra, historiadores, filósofos, poetas, sacerdotes de uno y otro culto, oradores, todos lidiaban, disputándose palmo á palmo el terreno, los unos en defensa de antiguas y desacreditadas divinidades, los otros en la de un solo y verdadero Dios. La verdad iba á triunfar sobre la envejecida fábula. La idolatría habia sido condenada ya por los pueblos, los ejércitos de los bárbaros hacian ya templos de sus tiendas, y las legiones romanas se burlaban de los antiguos dioses: cuando se derribó la estatua de Júpiter, los soldados arrancaban los rayos de oro que circundaban su cabeza, y los guardaban diciendo que